

—Pero cuando viene con señoras como esta noche...

—Cuando es en casa la cena, claro es que hay que servirla; pero esto no ocurre con frecuencia.

—Al menos por la mañana habrá que estar pendiente para abrir la puerta.

—Tampoco, caramba! qué empeño tienes en meterte en negocios ajenos! A las gones hay que dejarlas vivir a su gusto; esto es elemental; vete aprendiéndolo; en ocasiones, la ausencia del criado es un refinamiento que se agradece y se paga...

—Pues bien, señor Bernardo, yo quisiera saber cuándo estoy próximo a dar esos tropezones que pueden costarme mi plaza.

—Lo siento, muchacho, pero no hay tiempo de indicártelo; ya están ahí, he sentido pasar el coche.

Salvador no tuvo necesidad de llamar; la puerta se abrió sin ruido, y la luz del saloncito, coquetamente adornado con plantas y flores, iluminó la antesala que había permanecido a oscuras. El nuevo criado dobló el espinazo e inclinó la cabeza hasta el suelo, ante la esbelta figura femenil que, envuelta en pieles, conducía su amo del brazo: Bernardo, más acostumbrado a los usos del mundo...

III

—¿Cómo me dijiste que te llamabas?—preguntó Salvador al intruso que había reemplazado a su inolvidable Bernardo.

—Juan, señorito, o Adolfo; de las dos maneras respondo: al señor coronel no le gustaba mi nombre de pila, que era el primero, y me lo cambió por el segundo.

—Sus razones tendría, Juan, y yo las respeto; seguiras llamándote Adolfo. Conque, Adolfo, espero que te tomes algún interés por la casa; ya has visto hasta qué extremo, Bernardo, ese buen muchacho, ha sido un modelo de criados; procura imitarle en todo...

—Desconoce usted, señorito, que no he de pensar más que en darle gusto.

—Está bien; voy a salir y no tienes que esperarme; pero cuidado con recibir a nadie, con entrar en polémicas con los que llegan a preguntarte por mí.

El señorito no no está y no sé ni cuándo vendrá ni dónde para.

Esta ha de ser siempre tu contestación. Gran cosa es hablar poco, Adolfo; te recomiendo, sobre todo, la virtud del silencio.

—Bueno al señorito que no me eres tan inepto; tengo luces naturales, y me preciao de comprender a media palabra.

—Entonces fíe en tí, Adolfo, y me entrego en tus manos...

Salvador pensó, con placer, que el muchacho parecía en efecto dispuesto; que probablemente sabría sacudirse las moscas, aunque sólo fuera por decoro profesional. Había de valer menos que su ponderado predecesor!

—El caso es, murmuró mientras recogía y ordenaba sus papeles, que la maldita casualidad no ha de tardar en ponerlo a prueba.

Ese verdugo que me persigue sin descanso, y que si no es hoy, mañana estará aquí reclamando su deuda; su deuda, que ha cobrado ya veinte veces y que queda siempre en pie... El infame me ha jurado que no ha de perder su dinero; que será mi sombra hasta

que lo vea en su bolsillo... Hay que tomar algún partido; salir de esta situación intolerable... Voy a jugar mi última carta, a arriesgar mi último billete; ¡oh! si la suerte me fuera menos contraria, si pudiera arrojarle al rostro esa cantidad por la que tiene siempre suspensa sobre mi cabeza la espada de Damocles...

Adolfo estaba a la puerta, que mantenía entornada, esperando a su amo; y recordando las recomendaciones de este respecto a las excelencias del silencio, se limitó a inclinarse ante él profundamente.

IV

Algunas horas después, Salvador volvía a su precioso cuarto de soltero, apretando contra su pecho una cartera bien repleta. La suerte le había sido propicia. Abrió un mueblecito elegante, de apariencia frágil, pero fuerte como una caja de hierro, y con infinitas precauciones depositó la cartera en un cajoncillo.

—¡Quince mil posetas!... Es asombroso!... ¿Cuánto tiempo hace que no las veo reunidas en mis manos! Entregaré una parte a cuenta a ese traidor; ¡haré me pasará y reservaré el resto para mis gastos particulares. ¡Oh! el dinero es la savia de la vida y la fuente de toda satisfacción; cuando nos falta, nos encontramos indignos de nosotros mismos; variamos de tipo y de maneras... Pero ¿habrán vuelto los buenos tiempos? ¿Los tiempos en que me perseguían los amigos y las mujeres, o será sólo una ráfaga pasajera, un ventecillo refrigerante entre dos nubes de tempestad?

Estoy quebrantado como si me devorase la calentura; procuremos descansar...

V

Salvador separó las cortinas del lecho y miró en su derredor: debía estar bien entrada la mañana a juzgar por la fuerza de la luz y los ruidos de la calle; sentía la cabeza aturrida, y le molestaba un olor fuerte y desagradable, que no sabía a qué atribuir.

Habré estado enfermo, privado de conocimiento... ¿Habré soñado?...

El recuerdo de su tesoro que tenía ver desvanecido como ligera nube a los rayos del sol, le hizo ponerse súbitamente en pie, y correr hacia el precioso mueblecito: todo estaba en orden; la llave en su bolsillo, la cartera en su lugar. Se enjugó el sudor que corría por su frente, y respiró con satisfacción. Pero no... algo había allí que le hacía temer un horrible suceso. La fortuna de la noche anterior no había sido un sueño, puesto que la cartera estaba donde la había colocado; pero su peso y su forma habían variado... La abrió temblando, y tuvo que sentarse para no caer al suelo: en vez de los preciosos billetes, no había más que una esquelita suavemente perfumada.

—Advertí a usted que recobraría mi dinero como pudiera; y cumplo mi palabra de la manera más delicada posible. No se quejará usted de los procedimientos; Adolfo es un gran servidor cuando se propone serlo. No han sido necesarias molestas instancias, inútiles viajes ni diligencias judiciales. Observación atenta, aprovechamiento del instante oportuno, y un poco de cloroformo: he aquí todo. Cobrado el capital con sus intereses, dejen fielmente el resto; poco en verdad; lo que deploro...

LUIS DE VIANA

Madrid, Octubre 10 de 1893.

EN LA FERIA DEL MUNDO.

IMPRESIONES.

El cielo gris y cual bruido acero, Grises también del Michigan las ondas, El frío descendiendo bajo cero, Copos de nieve en las marchitas frondas.

Y sobre el fondo gris y el blanco fondo El humo del carbon con su negrura,

Y de velo tan denso en lo más hondo Opaco el sol sin luz de fulgora.

Mas un rumor escuchase cercano, Tropel más bien de ruidos incesantes; Es el vapor, con que el esfuerzo humano Torna en sus obras, horas en instantes.

Es del vapor al escaparse, el grito! Vapor que con impulso potente Carros arrastra en número infinito Y da a la industria producción ingente.

Y no es sólo el vapor, otro elemento Mas poderoso halló el ingenio humano, Que da luz y calor y movimiento, Y la voz lleva hasta confín lejano.

Y ese elemento aquí se explota tanto Que un derroche de luz hay por doquiera; Dando a la noche luminoso encanto, En el agua irizado reverbera.

El agua que en espiéndido plumero Por surtidores mil brota a la altura Sobre el fondo magífico y severo De palacios de vana arquitectura;

De cien palacios cuyas vastas salas De la industria atesoran la riqueza, Do al arte luce sus mejores galas, Y sus productos mil, Nataraleza.

Que en noble competencia las Naciones Entrar aquí en la liza del ingenio Y ostentan sus más ricas producciones Y presentan las obras de su genio.

Y México también, tú, Patria mía, A quien recuerdo con cariño ausente, Muestras ofreces hoy de tu valía Que al corazón coarman dulcemente.

Colme el cielo tu afa, brille la aurora En que admirando de tu industria el fruto Entre vítores, palma triunfadora Te rinda el mundo, a tu valer tributo.

IGNACIO PÉREZ SALAZAR.

Chicago, Octubre 30 de 1893.

Un viajero inglés comía tranquilamente en una fonda.

Su criado, que le servía a la mesa, había salido y no acababa de volver nunca, y como el inglés tenía sed, le llamó a voces para que le escanciara.

En vez de su criado entró un camarero pálido y balbuciente:

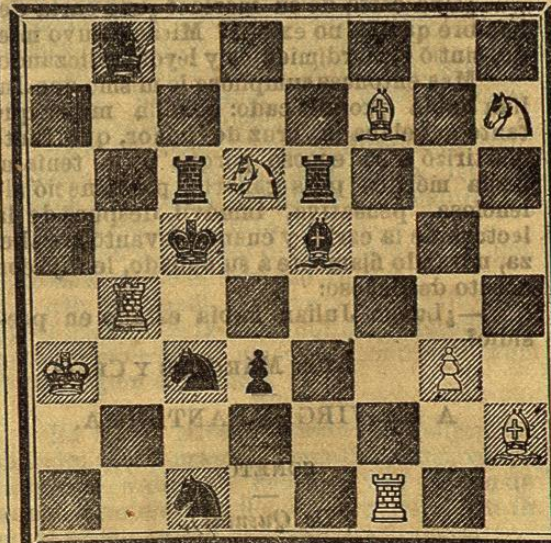
—Milord, vuestro criado se ha caído en un precipicio y ha muerto hecho pedazos.

Imposible el inglés respondió: —Echame vino y tráeme el pedazo de criado donde esté la llave de mi maleta.

PROBLEMA DE AJEDREZ

M. HERBERA.

Negras



Blancas.

Salen las blancas y dan mate en 4 movimientos. Solución del problema publicado el domingo 23 de Octubre. 1. Cf7—R h7.—2. Dh5+.—Rg8.—3. Dh5+4.—Una variante.



Tomo III.

México, Domingo 26 de Noviembre de 1893.

Núm. 123

ANGELINA.

NOVELA POR DON RAFAEL DELGADO.

(ESCRITA PARA "EL TIEMPO.")

(CONTINUA.)

XLIII

Entró la noche, llegó la hora de la cena, y tía Pepilla vino en busca mía.

—Muchacho; ¿qué tienes? ¿estás enfermo? Tócame en la frente y en las mejillas para ver si tenía yo calentura, y acariciándome dulcemente prosiguió:

—¿Qué te pasa? Dímelo, muchacho, dímelo... No hay en tu rostro la serenidad de siempre. Algo ha pasado que te apena... Tú padeces... Habla, Rorró, habla, por Dios! ¿Con quién has de quejarte si no es con nosotras?

—Nada, tía, nada!... He dormido toda la tarde, y la modorra me tiene así. ¡Vamos a la mesa!

Salí de la cama, ofrecí mi brazo a la anciana, y paso a paso nos dirigimos al comedor. Afectando la más alta corrección, como la de apuesto caballero que asista y corteja en un baile a una dama gentilísima, bromeara yo con mi tía:

—Señorita... ¡es vd. encantadora! Dignese vd. escucharme. Ya no puedo, ni debo callar... ¡Amo a vd!... ¡La adoro!

La anciana reía, reía a su sabor, y contestaba a mis requiebros con frases entrecortadas, como si fuera presa de profunda emoción. Al entrar en el comedor, exclamó deteniéndose y separándose de mí:

—¡Basta! ¡Basta! ¡Eres atroz! Ni de muchacha hice yo eso... ¡Suelta! ¡Suelta!

Al sentarme a la mesa oí la voz de Andrés que conversaba con la enferma. Habla-

ba de mí y de mi separación. No tardó en venir a charlar conmigo.

—¿Te vas, no? ¿Cosa decidida?—me dijo ocupando su asiento.—¿Te vas? ¡Me alegro! ¡Me alegro! ¡Mejor! ¡No habías de pasarte lo mejor de la vida escribiendo papelotes en casa de don Juan. En la hacienda estarás muy bien; ganarás buen sueldo, porque ese señor sabe pagar a los que le sirven; vendrás a vernos cada quince días, y todos estaremos muy contentos.

Tía Pepa entraba y salía. En momentos en que no podía oírnos me dijo Andrés:

—Las señoras están muy tristes porque te vas, tan tristes que ni el sol las calienta. Pero no tengas cuidado; no tengas cuidado... Ya se les pasará la aflicción.

Luego prosiguió en alta voz:

—Oye: ¿y tú no sabes montar a caballo, verdad? Ya me parece que te veo. ¿Qué figura! Como la del P. Solís cuando se va a la dominica... Mira: procura salir buen charro; tu papá se pintaba para eso, y los daba cartilla a muchos de esos que se la echan de buenos cuando no son más que chascuales. ¡Cuidado, Rorró! ¡Cuidado, amito! No dejes mal puesto el pabellón! Aprende a sentarte bien en la silla, para que no parezcas colegial, ó sacristán que va diciendo: «Para la misa de doce...» Pon cuidado; te sientas a plomo; naturalmente; sin echarte ni para atrás ni para adelante; nada de estirar las piernas como un gringo; sueltas, sueltas... Ya veremos. Si lo haces mal me voy a reír de tí, y te harán burla las muchachas. Procura que si las obras son malas la fama sea buena. ¡Siquie-

ra la fama! ¡Ya me imagino al charro! ¡Ja ja, jajá!

El buen servidor gustaba de bromearse conmigo; se complacía en tratarme como a un niño en quien conviene apagar las llamaradas de una vanidad jactanciosa. Así fué siempre con su amito. Acaso no cuadraban con el carácter de Andrés, grave, formal, modesto, casi adusto, ciertas genialidades y ligerezas del mío. Muy parlanchín y comunicativo hasta los diez años, me volví después huraño, reservadísimo y melancólico. Ya he dicho que la vida del Colegio áspera, fría, monótona, entenebreció mi espíritu; ahora es bueno apuntar que la excesiva severidad de mis maestros, no siempre oportuna y atinada, me hizo desconfiado y receloso. Recelo y desconfianza inútiles y que nunca me salvaron del egoísmo y de las arterias de amigos y extraños. Me creía yo persona de experiencia, conocedora del mundo, y descubría a todos mi corazón, a nadie ocultaba yo mis sentimientos, y era yo víctima de todos.

Confieso que el buen servidor con sus burlas y fisgas me hizo rabiar muchas veces. Hería mi vanidad en lo más vivo; lastimaba mi amor propio, y provocaba mi cólera. Sólo el cariño me hacía callar, que si no habría recibido de su amito muy dura reprensión. ¡Pobrecillo! Le hubiera yo matado.

—Buena;—me dijo ese día, al acabar la cena—acompáñame. Toma tu sombrero y ven te conmigo. Tengo que decirte muchas cosas.

Caminando hacia el Barrio Alto, Andrés a la derecha, yo a la izquierda, le conté cuanto me pasaba; los dichos de Castro Pérez, la